

## ¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA FILIOPARENTAL?

(Is always the family the main risk factor in Child to Parent Violence?)

**Rafael March Ortega**

Gerencia de Servicios Sociales. Junta de Castilla y León

### Resumen

Muchos de los programas que se llevan a cabo sobre violencia filioparental (VFP) inciden fundamentalmente sobre las víctimas. El hecho de que la familia sea el principal agente de socialización hace que tratemos de buscar las causas de los trastornos de niños y adolescentes en este ámbito. Así la mayor parte de los autores entienden la VFP como situaciones familiares de «alto riesgo» en las que los menores no son adecuadamente atendidos, la consecuencia de contextos degradados, estilos de crianza erróneos, límites difusos, hostilidad y negligencia; el producto de un perfil patológico de los padres, relaciones conflictivas entre la pareja y desapego con los hijos que llegan a ser considerados, al tiempo, como víctimas y verdugos. Numerosas investigaciones parecen corroborar esta visión, pero ¿esto es así en todos los casos? Dicho de otro modo: ¿es siempre la familia el principal factor de riesgo en la VFP?

**Palabras clave:** violencia filioparental, estilos de crianza, disciplina familiar, relaciones padres-hijos.

### Abstract

Many of the programs carried out in order to intervene with Child to Parent Violence (CPV) are directed mainly towards victims. The fact that family is the primary agent of socialization contributes to trying to find the reasons behind children and adolescents' behavioral disorders in this field. Thus, many authors see CPV as a «high-risk» situation within the family in which minors are not properly treated, where there are degraded contexts, inadequate parenting styles, blurred boundaries, hostility and neglect, a pathological profile of the parents, conflicting relationships between the partner and disregard for the children who become considered as victims and tormentors at the same



time. A large amount of research seems to support this point of view, but, is it true in most cases? Or, in other words: is always the family the main risk factor in Child to Parent Violence?

**Keywords:** child to parent violence, parenting styles, family discipline, parent-children relationship.

## 1. INTRODUCCIÓN

La violencia ejercida por los hijos sobre sus padres (VFP) ha pasado en pocos años de ser una realidad residual (Pereira y Bertino, 2009) a convertirse en un problema de primera magnitud (Calvete, Orue y Gámez-Guadix, 2013), y ello tanto por su creciente incidencia (según Ibabe y Jaureguizar, 2011, hasta un 21% de los menores de una muestra comunitaria habrían maltratado física y psicológicamente a sus padres, frente a un 46% que habrían ejercido abuso emocional), como por las limitaciones con que cuentan las investigaciones y programas de tratamiento (Aroca Montolio et al., 2013).

En relación con las primeras, la diversidad de metodologías (cualitativas en unos casos, cuantitativas en otros, pero siempre correlacionales, transversales, retrospectivas y, en ocasiones, sin grupo de control) y la distinta procedencia de las muestras (clínicas, comunitarias, estudiantes adultos que llevan a cabo valoraciones acerca de lo que recuerdan de su infancia, menores infractores...) hace que las conclusiones varíen, y a veces incluso se contradigan (Aroca, 2010; Rechea y Cuervo, 2009; Calvete, Gámez-Guadix, & Orue, 2014). Asimismo, la falta de acuerdo en las variables a medir, la subjetividad implícita en la interpretación de los resultados (Aroca et al., 2014; Hayduk, 1996; Borsboom et al., 2004), el hecho de que algunos autores se conformen con repetir axiomas de investigaciones previas (Martínez García y Martínez Caro, 2009) y la proliferación de análisis que a veces solo contemplan una parte de la realidad provoca una situación de datos e hipótesis enfrentadas que en poco ayudan a llegar a conclusiones certeras.

En relación con los segundos, Aroca Montolio et al. (2013) señalan que los programas revisados en su estudio adolecían, entre otros, de dos importantes hándicaps:

- a) **Victimización de las familias:** Según dichos autores en los estudios revisados la casi totalidad de los progenitores se sintieron desatendidos o incomprendidos por los profesionales de los estamentos implicados en la solución de problemas familiares (Bienestar Social, Escuela, Salud y Justicia). En otras ocasiones estos les culpabilizaban de la situación produciéndose una victimización secundaria.
- b) **Intervención sobre las víctimas:** Dado que la hipótesis de partida es que la familia es la causante de la situación se esperaba que fueran los padres, sobre todo, quienes frenaran y eliminaran la violencia filio-parental.

Un ejemplo de ambas concepciones lo tenemos en la ambigüedad de algunas guías informativas y de ayuda a los progenitores. Así una declaración dirigida a los padres como la siguiente: “No eres solo tú el responsable” (Euskarri, 2012, p. 7) esconde un mensaje subliminal, dando a entender justamente lo contrario: que los padres *sí son* responsables en muy buena medida de la conducta de su hijo.

La mayor parte de los autores están de acuerdo en la importancia de los estilos educativos en la génesis del problema, pero, ¿hasta qué punto podemos cargar en muchos casos a las familias con esa responsabilidad?

## 2. FACTORES DE RIESGO FAMILIARES

El hecho de que, como plantea Ibabe (2015), la familia siga siendo el más importante agente de socialización supone para muchos entender la VFP como una evolución de situaciones familiares de alto riesgo en las que menores que han llegado al límite (Asociación Altea-España, 2008) necesitan escapar de un estado de tensión emocional prolongado (Agnew, 2006), o bien hacerse con el poder en contextos familiares degradados en los que los padres se ven incapaces o no han querido llevar el control (Wilson, 2005; Calvete, Orue, Bertino, Gonzalez, Montes, Padilla y Pereira, 2014). Parece impresionar en estas familias un clima adverso, estilos parentales inadecuados junto a métodos restrictivos para mantener la disciplina, un perfil patológico de los padres y relaciones a menudo conflictivas entre ellos y con los menores (González Álvarez et al., 2013; Ibabe, Jaureguizar y Díaz, 2007; Ibabe, 2015).

- a) En los padres víctimas de VFP se evidencian modelos de crianza con estilos que pueden calificarse de permisivos, autoritarios, sobreprotectores, negligentes o inconsistentes (McCord, 1986; Whaler y Dumas, 1986; Loeber y Stouthammer-Loeber, 1998; Farrington, 1994), manejo inadecuado de pautas y normas de disciplina (Ibabe, 2015), prácticas hiperprotectoras, incapacidad para establecer límites y consecuencias (Naouri, 2003; Ibabe et al., 2007, Cottrell, 2001; Calvete et al., 2011), o bien lo contrario, excesivo control que se materializa en estrategias punitivas (Cottrell y Monk, 2004; Boxer, Gullan y McHoney, 2009), basadas en el castigo físico y modeladoras de respuestas agresivas (Pagani et al., 2009; González Álvarez et al., 2013). En este sentido, Ibabe (2015) plantea que la puesta en práctica de estrategias coercitivas como puedan ser el coste de respuesta o la supervisión —considerada esta última como una opción educativa válida por otros autores (Kendziora y O’Leary, 1993)— se asocian a un mayor nivel de violencia psicológica y física de los hijos adolescentes hacia sus padres.
- b) Si muchos estudios han encontrado que el ambiente positivo —evaluado a través de la cohesión familiar, relaciones paternofiliales positivas y conductas prosociales— es un factor protector que previene la VFP (Ibabe y Jaureguizar, 2012; Pagani et al., 2003), los resultados indican que los adolescentes incursores en VFP pertenecen a familias que tienen un clima adverso y una estructura

diferencial (Contreras y Cano, 2014). En lo que respecta al clima, este parece estar caracterizado por un elevado nivel de conflicto, un bajo nivel de cohesión y presencia de violencia marital (Ibabe, 2015). En cuanto a la estructura, encontramos sobre todo familias monoparentales, madres solteras, separadas/divorciadas educando solas a sus hijos/as (Pérez y Pereira, 2006); familias reconstituidas y homosexuales (Seviflip, 2014, en prensa); padres demasiado mayores (Pérez y Pereira, 2006) o demasiado jóvenes (Tremblay et al, 2012) y, cada vez en más casos, adoptivas (Asociación Altea-España, 2008; Barbolla Camarero, 2011).

- c) En cuanto a la vinculación, la comunicación y los modelos del apego, los estudios señalan que muchas madres muestran tasas más bajas de conducta prosocial (Boshua y Twentyman, 1984) y mayores conductas aversivas (Oldershaw, Walters y Hall, 1986), provocando en el hijo una serie de encadenamientos instruccionales del tipo orden-oposición-orden-oposición que favorecen secuencias hostiles en la díada madre-hijo (Loeber et al., 1984). Por otro lado, los adolescentes agresores relatan que sus progenitores los rechazan (Ibabe, 2015; Aluja, Del Barrio y García, 2005) lo que parecería indicar un débil vínculo paternofilial (Duffy y Momirov, 1997; González Álvarez et al., 2013), una peor comunicación y una falta de conexión emocional entre padres y adolescentes (Agnew y Huguley, 1989; Paulson et al., 1990), al igual que déficits de habilidades sociales para encarar los conflictos en los primeros (González Álvarez et al., 2013). Además algunos padres se manifiestan insatisfechos, expresando que sus vidas están vacías, carentes de sentido (Pereira y Bertino, 2009).
- d) Desde las teorías del aprendizaje se habla de una tendencia legitimadora de la agresión (Rybski, 1998; Patterson, 2002; Akers, 2006; Gelles y Strauss, 1988) y de transmisión de pautas de violencia (Haugaard y Feerick, 2002; Ulman y Strauss, 2003), explicándose la VFP como efecto de una victimización indirecta con intercambio de pautas agresivas entre los cónyuges, falta de autocontrol en las figuras parentales (Gottfredson & Hirschi, 1994) o bien como retaliación (revancha) de las agresiones sufridas por los hijos (victimización directa) a manos de unos padres abusadores (Ulman y Straus, 2003; Gámez-Guadix y Calvete, 2012; Gámez-Guadix, Almendros, Carrobles y Muñoz-Rivas, 2012; Gámez-Guadix, Jaureguizar, Almendros y Carrobles, 2012). En este sentido, Ibabe et al. (2007) plantean que el hecho de que el 80% de los menores de su estudio que habían sufrido u observado experiencias de violencia intra-familiar tuviera denuncias por agredir a sus padres demuestra la bidireccionalidad en este tipo de violencia.
- e) Desde un punto de vista psicosocial, y desarrollando la variable clima familiar que antes mencionábamos, se hace hincapié no tanto en el aprendizaje como en el daño que supone la inmersión en un contexto en el que son frecuentes las discusiones y desavenencias. Ello se hace más patente cuando la familia no dispone de una red social de apoyo que amortigüe el distrés. Es decir —aun

¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA  
FILIOPARENTAL?

en el caso de que no se haya llegado a producir violencia física entre los padres—, de un lado, las discusiones conyugales pueden comenzar una escalada de prácticas de crianza abusivas sobre el niño con empleo de estrategias de disciplina más negativas y severas basadas en el castigo físico y psicológico (Shaw, Keenan & Vondra, 1994; Brody, Arias, y Fincham, 1996; Buehler y Gerard, 2002), acarrear un menor grado de apoyo, aceptación y afecto (Mann y MacKenzie, 1996; Musitu, Martínez y Murgui, 2006) y, respecto de las estrategias educativas, suponer una menor consistencia interparental (O’Leary y Vidair, 2005) e intraparental (Mann y MacKenzie, 1996). De otro, se ha demostrado que las rupturas son vividas de una manera angustiosa por los chicos que reaccionan con depresión y agresividad ante la pérdida (Garrido, 2007; Agustina y Romero, 2013).

- f) El abordaje sistémico llama la atención sobre el hecho de que estos adolescentes exhiben conductas violentas sobre todo en el ámbito familiar, no siendo extraño que muchos de ellos presenten en otros contextos conductas sobreadaptadas (Pérez y Pereira, 2006; Pereira y Bertino, 2009). Para los representantes de este modelo la disfunción familiar se advierte en tres de las principales áreas del funcionamiento familiar (Harbin y Madden, 1979): De una parte, la falta de organización jerárquica con abdicación de los padres de su rol. De otra —como consecuencia de lo anterior—, las relaciones fusionales y triangulares en las que uno de los cónyuges inicia una alianza con el hijo (Pereira y Bertino, 2010). En tercer lugar, la negación del conflicto y el mantenimiento de un mito de armonía familiar. En este marco, la VFP sería el intento por parte del adolescente de escapar de unos padres «excesivamente amorosos» (Cyrułnik, 2005) que lo utilizan para resolver, evitar o desplazar los problemas existentes entre ellos (Minuchin, 1974) o que han fomentado, por interés propio, una excesiva dependencia del menor hacia ellos disfrazada de proteccionismo (Laurent et al., 1997).

Para terminar este apartado, muchos autores encuentran rastros evidentes de patología psiquiátrica en los padres (Ibabe et al., 2007). Romero et al. (2005) hallaron que un 3,8% de estos progenitores padecían problemas de salud, mayoritariamente de salud mental en la madre. Además, el 8,6% presentaba adicciones, con una mayor incidencia de alcoholismo en el padre. Según Cotrell y Monk (2004) ello puede contribuir a que el adolescente asuma un rol vigilante o de resentimiento hacia sus progenitores, no disponibles a causa de su enfermedad. Pagani et al. (2004) aseguran que el 11% de los progenitores de su estudio reconocieron consumo de sustancias. Es más, cuando los padres abusaban de estas sustancias había —en el 70% de los casos— agresión física del adolescente. Asimismo, un buen número de los menores agresores fueron abusados por sus propios progenitores o fueron testigos de abusos hacia la esposa o pareja (Ibabe et al., 2007; Agnew y Huguley, 1989; Paulson et al., 1990).

### 3. DISCUSIÓN

Hasta aquí una apretada síntesis de algunos aspectos negativos que se observan en los sistemas familiares con VFP. Y ahora ha llegado el momento de que volvamos a hacernos la pregunta: ¿esto es así en todos los casos? ¿No existen familias que hayan procurado a sus hijos unas pautas de educación razonablemente buenas, y que, sin embargo, estén siendo víctimas de maltrato filio-parental?

#### 3.1. Los estilos educativos inadecuados.

A pesar del aparente consenso acerca de que los menores que ejercen VFP pertenecen a familias donde los estilos educativos son inadecuados o inconsistentes (Farrington, 1994), esto no es así en todos los casos. Algunos autores destacan que a pesar de los indicios no han encontrado relación significativa entre el estilo educativo aplicado durante los primeros años de vida y que el joven sea o no maltratador (Rechea y Cuervo, 2010; Widom, 1992), como tampoco entre el método de control aplicado por los padres y un mayor o menor ajuste psicológico en los adolescentes (García Linares, De la Torre, Carpio, Cerezo y Casanova, 2011). Así por ejemplo, aunque el estilo permisivo parece explicar muchas de las agresiones psicológicas hacia los progenitores (Naouri, 2003; Coogan, 2012; Garrido, 2005; Howard et al., 2010) no está tan claro que se vincule a las formas físicas severas de violencia (Garrido, 2007; Calvete, Gámez Guadix y Orúe, 2014). Es más, la realidad demuestra que ni todas las familias que presentan VFP desempeñaron prácticas permisivas, al menos en un primer momento (Garrido, 2007; Rechea, Fernández y Cuervo 2008; Rechea y Cuervo, 2010; Schneider, Cavell y Hugues, 2006), ni tampoco que este estilo educativo implique de forma clara la aparición de VFP. Estudios llevados a cabo en muestras españolas llegan a sugerir que —al menos en nuestro contexto cultural—, el estilo permisivo-indulgente tiene tantos efectos positivos como el democrático (Musitu y García, 2004; García y Gracia, 2010; Gamez-Guadix, Jaureguizar, Almendros y Carrobes, 2012).

En lo que respecta a la falta de límites es para muchos autores la proliferación de teorías educativas lo que ha llevado a los padres a dudar de lo que harían con sentido común (Hart, 2006). Así el dejar-hacer, la indolencia y la pérdida de valores morales lejos de ser un patrimonio de las familias ha pasado a ser un rasgo distintivo de nuestra cultura (Gomez Andre, 2013; Garrido, 2007; 2009; Agustina y Romero, 2013; Pereira y Bertino, 2009; Etxebarria et al., 2009; Omer, 2007) que atañe a los contextos educativos y no educativos (Revol, 1999; Furlan, 2005; Bello Janeiro, 2014, en prensa) y que cristaliza en lo que ha llegado a calificarse como la sociedad más tóxica de los últimos tiempos (Gambarino y Bedard, 2001), transformando la educación en una globalidad difícilmente controlable por los padres (Asociación Altea-España, 2008; Montero Hernanz y March Ortega, 2015). Un ejemplo lo tenemos en las limitaciones legalmente impuestas para llevar a cabo el control paterno. Así, en el momento en que nos encontramos redactando este artículo, una adolescente de 16 años podría seguir un tratamiento médico sin permiso de sus padres (Ley 41/2002 de 14 de noviembre, básica reguladora de la autonomía del paciente y de derechos y obligaciones en materia de

¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA  
FILIOPARENTAL?

información y documentación clínica; Domínguez Luelmo, 2007), los cuales estarían inhabilitados para ver sus informes sanitarios o consultar su teléfono móvil en tanto no constara su expresa autorización.

Junto a esta dificultad de los progenitores de supervisar la vida del menor —de cuyos actos, sin embargo, sí siguen siendo responsables—, hallamos otros factores que igualmente influyen: (a) la transformación de valores que ha experimentado la sociedad a consecuencia de la adopción de una cultura basada en el consumo, (b) una creciente concepción paidocéntrica de la infancia, (c) el desprestigio de la autoridad y la idealización del permisivismo, (d) el modelado social del uso de la violencia a través de los medios de comunicación, (e) el aislamiento que favorecen las grandes urbes, (f) la crisis educativa en general y de la familia en particular, unido a los nuevos modelos de familia.

El estilo autoritario parece asociarse más al abuso verbal que al abuso físico (Gamez-Guadix, Jaureguizar, Almendros y Carroble, 2012), no explicando tampoco, por sí mismo, la VFP. De entrada los motivos que los chicos aducen como ejemplo de algunas de estas conductas autoritarias —y con las que justifican su comportamiento— son a menudo las que cualquier padre llevaría a cabo en su labor de control a los hijos (Rechea y Cuervo, 2009; Garrido, 2007; Serviflip en prensa, 2014). Aunque parece obvio que establecer límites no es sinónimo de ser autoritario, el problema surge cuando los hijos no reconocen esa autoridad en los padres o tratan de conseguir sus objetivos sin que importen las consecuencias (Howard et al., 2010; Saltaris, 2006). En este sentido, los resultados obtenidos por Ibabe (2015) —de los que se concluye que todas las estrategias coercitivas de disciplina se asocian moderadamente a la violencia filiofamiliar, mientras que las estrategias no coercitivas no se relacionan con este tipo de violencia— quedan supeditados a una explicación bidireccional, ya que, como sostienen García-Linares, Cerezo, De la Torre, Carpio y Casanova (2011) —y la propia autora reconoce—, la incipiente aparición de problemas de conducta de los hijos determina la utilización de estrategias de disciplina por parte de los padres que, quizá, de otro modo no serían necesarias.

En lo que se refiere a los padres sobreprotectores, Garrido (2007) destaca que sí pueden generar rechazo en los hijos y que estos actúen mal como forma de protesta, pero raramente que se produzca una lucha por el poder.

Por lo tanto parece que son sobre todo los estilos altamente punitivos (autoritarios-represivos) y los negligentes (incluyendo el abandono parental) los responsables de la VFP en sus formas extremas (Laurent y Derry, 1999; Calvete, Gamez-Guadix, & Orue, 2014). En el primero, más cerca del abuso físico que del concepto de *afirmación del poder* de Hoffman (1970), la autoridad se ejerce exclusivamente a partir de la coerción (Lopez-Romero, Romero, Villar, 2012) y a través de castigos corporales severos, humillaciones y rechazos, exacerbando un resentimiento (Ibabe et al., 2007; O'Leary et al., 2005) que estimula la violencia hacia los padres (Hartz, 1995; Ibabe et al., 2007; Brezina, 1999) e incluso hacia a la sociedad en su conjunto (Gershoff, 2002).

Respecto al estilo negligente, caracterizado por un bajo nivel de control y afecto, Gamez-Guadix, Jaureguizar, Almendros y Carrobles (2012) encontraron que incrementó casi nueve veces el riesgo de abuso físico contra el padre y más de cuatro veces el riesgo de abuso físico contra la madre. En cuanto al abandono parental, la ausencia de la figura paterna parece ser mejor predictor de la VFP que la materna (Calvete, Orue, Bertino, Gonzalez, Montes, Padilla y Pereira, 2014).

Como conclusión de este apartado, teniendo en cuenta que los estilos predominantes en nuestro país (Pichardo, 1999) son el democrático-inductivo (un 53%) y el permisivo (el 32%), seguidos de lejos por el autoritario (9%) y el negligente-ausente (un 4%), parece claro que la mayoría de los padres mantienen un adecuado estilo de crianza que, al menos en teoría, debiera garantizar el aprendizaje por parte de los hijos de estrategias positivas para lograr la expresión de emociones (García y Gracia, 2009, 2010; Gamez-Guadix, Jaureguizar, Almendros, Carrobles, 2012), desterrando formas agresivas de conducta acordes con la VFP.

### **3.2. La estructura familiar.**

Si bien la estructura familiar no debería ser a priori un factor de riesgo, lo cierto es que la VFP tiene lugar sobre todo en familias no convencionales. Y ello por varios motivos. El primero es que los sistemas familiares que se transforman en monoparentales se ven abocados a un periodo de desajuste emocional, tensión y sobrecarga de tareas que puede afectar a la crianza unos hijos no siempre fáciles de educar (Rechea, Fernández y Cuervo, 2008). En palabras de Garrido (2007), no es —solo— que el trauma del divorcio desquicie a los hijos sino que la ausencia del padre hace más difícil la supervisión de estos, especialmente con los adolescentes y en situaciones de conflicto.

En familias adoptivas, sobre todo en el caso de niños mayores, pueden suscitarse problemas de vinculación (Asociación Altea-España, 2008; Barbolla Camarero, 2011) y falta de coincidencia entre las expectativas depositadas en los hijos y la realidad (Agustina y Romero, 2013), mientras que en los sistemas familiares reconstituidos suelen darse conflictos de lealtades con el padre “ausente”. Pese a todo, y como afirma Gil Calvo (1998), en otros países hay gran cantidad de familias “no convencionales” sin que por ello aumente la problemática de VFP. Este autor defiende la idea de que se trata más de un problema de apoyo social y debido a otros factores que a la mera reestructuración de las familias.

### **3.3. Déficits de apego y comunicación.**

Resnick et al. (1997) se lamentaban hace dos décadas de que las familias estadounidenses hubieran perdido de 10 a 12 horas semanales de tiempo de atención parental en comparación con los años sesenta. Achembach y Howell (1989), por su parte, defendían que el deterioro de la vida familiar causado por el estrés del mundo moderno daba lugar a problemas en los niños de marginación, delincuencia o agresividad. Hoy este hecho se vuelve incluso más dramático por las precarias



## ¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA FILIOPARENTAL?

condiciones socioeconómicas que se encuentran atravesando algunas familias, por ejemplo las monoparentales, en las que la figura materna debe permanecer fuera del hogar muchas horas para mantener a su prole. Si a esto le sumamos que algunos progenitores no han asumido adecuadamente su paternidad y poseen escasas habilidades, la existencia de déficits de vinculación (González Álvarez et al., 2013) y otros factores de riesgo añadidos —como es el caso de la adopción—, el fenómeno se complica.

A pesar de ello, una reciente investigación realizada sobre una muestra de 820 familias (ITER, 2014) concluía que no existen diferencias significativas en el perfil de funcionamiento (basado en el análisis de factores de adaptabilidad y cohesión) de padres con hijos conflictivos y de padres con hijos no conflictivos, siendo lógicamente peor la comunicación con los primeros.

En todo caso, hay que distinguir la falta de afecto de unos padres a su hijo de las conductas de evitación a un adolescente violento. La mayor parte de las familias reconocen que se sienten distantes y huyen en cierta medida de la relación con sus vástagos una vez han sido maltratadas (Rechea y Cuervo, 2009), especialmente cuando no ven escapatoria. En estos casos se sienten —además de culpables por sus sentimientos— emocionalmente bloqueadas (Seligman, 1975), no siendo extraño que los padres consideren que sus vidas están vacías, carentes de sentido a causa de la depresión y la impotencia, que pueda prevalecer una ideación autolítica e incluso de suicidio (Howard, 2011; Aroca, 2010; Aroca et al., 2013; Cottrell, 2001).

Con todo, Rechea y Cuervo (2009) destacan que más de la mitad de las familias de su investigación reconocía seguir manteniendo con sus hijos una comunicación buena o aceptable.

### **3.4. Teorías del aprendizaje:**

Según González Álvarez et al. (2013), los padres de menores violentos podrían tener dos vías principales de participación en la VFP: una a través del modelado, según la cual podrían transmitir a sus hijos ciertos pensamientos predisponentes a la violencia, y otra, en función de su desempeño como agentes educadores. Desde nuestro punto de vista el menor aprende a ser violento en la familia de tres formas: por violencia directa, por violencia indirecta y por condicionamiento operante.

Respecto de la violencia directa, como ya hemos hecho constar, múltiples investigaciones han demostrado una relación entre haber sufrido maltrato y los ulteriores trastornos de violencia. De entrada, en muchos casos la principal dispensadora de maltrato físico podría ser la madre (Calvete, Orue, Bertino, González, Montes, Padilla y Pereira, 2014). Sin embargo, inferir que un chico se ha vuelto maltratador porque probablemente ha sido él mismo víctima de su madre durante la infancia puede resultar difícil de sostener, no solo porque se trata de un diseño ex-post-facto —en el que operan el sesgo en el recuerdo y mecanismos autojustificativos y de deseabilidad

social—, sino porque dicha teoría puede guiar nuestras observaciones, obviando otras variables que, pasado el tiempo, resultan desconocidas o en su caso imposibles de controlar. Así, la propia Widom (1992) reconoce que aunque el 15,8% de delincuentes juveniles de la población bajo su estudio había sufrido abusos físicos en la infancia, ni este factor constituía por sí solo toda la explicación ni puede afirmarse que las conductas antisociales de estos jóvenes fueran la consecuencia de haber sufrido violencia familiar. En la misma línea, Laing (2001, citado en Ibabe y Jaureguizar, 2011) plantea que aunque el riesgo de perpetrar actos violentos contra otros aumenta con la exposición a la violencia familiar no se puede concluir que esta exposición produzca directamente conductas violentas en general por parte de los hijos. Omer (2004) sostiene que el adulto agresor no tuvo por qué ser necesariamente un niño agredido pero sí pudo ser un niño agresor, en la medida en que el hijo destinado a desarrollar una trayectoria de violencia también necesita “practicar”, y este “campo de práctica” viene dado mayormente por la familia.

La violencia intrafamiliar indirecta es sin duda una de las principales causas de la VFP (Widom, 1992), lo que no es lo mismo que asegurar que esta última viene provocada por una asunción de roles machistas, y ello por dos motivos; de un lado, porque en cierto número de casos el menor se enfrenta al padre por defender a la madre (Pérez y Pereira, 2006), de otro porque, en oposición a la creencia generalizada, los mayores porcentajes de violencia filio-parental se dan en hijos pertenecientes a familias en las que era la figura materna quien había abusado físicamente del padre (Ulman y Straus, 2003). Según Calvete, Gamez-Guadix & Orue (2014), ser testigo de violencia familiar (victimización indirecta) se asocia a la VFP física contra padres, mientras que sufrir violencia familiar (victimización directa) se vincularía con la VFP física contra madres, y psicológica contra ambos progenitores.

Como conclusión de los párrafos anteriores cabe señalar que una cosa es que muchos menores que han sufrido violencia intrafamiliar tengan denuncias por agredir a sus madres, y otra bien distinta que la mayor parte de los menores que han agredido a sus padres hayan sido maltratados. De igual forma no es lo mismo reconocer que los adolescentes que agreden a sus progenitores han podido estar expuestos a violencia familiar (conyugal) en mayor medida que los adolescentes que no lo hacen (Calvete et al., 2011) que aceptar que los chicos que agreden ponen en práctica estas conductas porque han estado viviendo situaciones de violencia machista. En esta línea, Rechea y Cuervo (2009) destacan que un 60% de las familias de su investigación no había vivido ningún tipo de violencia doméstica, descontada la ejercida por el hijo maltratador.

Otro elemento a valorar es el aprendizaje por condicionamiento operante, más concretamente el llamado paradigma de discriminación materna, el cual viene a decir que si cuando un niño comete una conducta inadecuada obtiene igual o mayor refuerzo que las ocasiones en las que su conducta es positiva, tenderá a repetir la primera en detrimento de la segunda (Patterson, 1982; Cerezo, D'Ocon y Doltz, 1996). Dicho de otro modo, este axioma defendería que el adolescente violento lo es porque se le ha reforzado para que lo sea. Diversas investigaciones han puesto de manifiesto, sin embargo, que esta circunstancia se da en menos casos de los que se piensa. Más bien

al contrario, muchos de los adolescentes agresores han recibido patrones de crianza similares a los de las familias normales (Agustina y Romero, 2013). El asunto es que dichas normas fueron desapareciendo a medida que los chicos se acercaban a la adolescencia, y ello por una razón: que no las cumplían bajo ninguna circunstancia (Rechea, Fernández y Cuervo, 2008; Rechea y Cuervo, 2009 y 2010; Garrido, 2007). Así, aunque solamente un 17,6% de los padres presentes en la investigación de Rechea y Cuervo (2010) tenía un estilo de crianza apropiado, más de la mitad (58,8%) lo habían tenido antes, habiéndolo abandonado a causa de las conductas de los menores.

En otras palabras, cuanto los castigos se vuelven ineficaces y los razonamientos no surten efecto alguno —y todo esto con un nulo desgaste emocional por parte del menor (Schneider, Cavell y Hugues, 2006; Garrido, 2007)— los padres pueden llegar a sufrir un proceso de indefensión aprendida (despersonalización, deterioro emocional, pérdida de autoestima y sentimientos de impotencia) que les conduce a suavizar las normas impuestas (Schneider Cavell y Hugues, 2006; Garrido, 2007; Seligman, 1975). Este fenómeno queda reflejado en lo que Omer (2004) denomina el modelo de escalada, el cuál plantea que los padres maltratados se ven abocados a un ciclo en el que alternan respuestas de reciprocidad y capitulación. Las primeras, caracterizadas por la rigidez y la dureza como reacción a las humillaciones sufridas a manos de sus hijos, son interpretadas por estos como ataques, en cambio las segundas, conciliadoras para poner fin a las hostilidades y mantener el vínculo, son vistas como muestras de debilidad. En definitiva, haga lo que haga el padre la respuesta del menor seguirá siendo de dominio y lucha por el poder. Para terminar este apartado, decir que, aunque la familia sigue siendo el más importante agente de socialización temprana (Ibabe, 2015), dista mucho de ser el único. A partir de los diez años de edad las funciones educativas parten de lo que podemos observar y modelar en distintos contextos de aprendizaje, fundamentalmente el grupo de pares y los medios de comunicación (Palacios y Oliva, 2005; Akers, 2006; Aroca Montolío, Bellver Moreno y Alba Robles, 2013). Este elemento, al que se conoce como la doble socialización (Aguirre Zamorano, 1999; Vázquez González, 2003), explicaría por qué el 58,8% de los casos de los menores de la muestra de Rechea y Cuervo (2010) procedían de familias donde no se habían producido otras dinámicas de violencia intrafamiliar aparte de las planteadas por el menor. Es más, el hecho de que cuatro de cada diez adolescentes españoles de entre 11 y 18 años hayan amenazado en alguna ocasión a un compañero o le hayan gastado una broma humillante (Rivera Reynaldo, 2014, en prensa) hace pensar que, efectivamente, la violencia puede ser aprendida (modelada) fuera de la familia.

### 3.5. Modelo psicosocial

Hemos afirmado que las continuas disputas entre los padres provocan en los niños un impacto directo, en forma de daño e inseguridad emocional, e indirecto, en la medida en que el entorno se vuelve caótico e impredecible. Al tiempo, se ha barajado que pueden ocasionar que el menor se convierta en chivo expiatorio y objeto de posibles agresiones de los padres (Harold, Fincham, Osborne y Conger, 1997). Así, no es extraño que hogares rotos y separaciones tempranas causadas por la falta de armonía familiar sean

caldo de cultivo para la gestación de personalidades mórbidas y antisociales (Farrington, 1994; Vázquez González, 2003). Sin embargo, a la hora de valorar este factor es necesario distinguir, una vez más, cuando la dinámica de enfrentamiento es previa y cuando es consecuente, no ya a las agresiones, sino a las conductas disruptivas del menor que muchas veces comienzan de forma temprana. Si bien algunos autores excluyen a los adolescentes y jóvenes diagnosticados con trastornos de personalidad, de tendencia psicótica o psicopática a la hora de realizar sus estudios (Pérez y Pereira, 2006; Otaola Muguerza en González Álvarez et al., 2013), lo cierto es que cada vez más investigadores asumen que los adolescentes agresores sufren de más trastornos psicopatológicos que la población normativa (San Juan y Ocariz, 2009; Ibabe, Arnoso, Elgorriaga, 2014). Ello es más llamativo en lo que respecta al TDAH de tipo impulsivo, a las alteraciones de conducta y a los demás trastornos del comportamiento perturbador (González Álvarez et al., 2011; Rechea, Fernández y Cuervo, 2008; Rechea y Cuervo, 2010; Ibabe y Jaureguizar, 2012), cuando no a perfiles pre-psicopáticos (Garrido, 2005, 2007 y 2009; Aroca Montolío, Alba Robles, 2012).

No es descabellado, por lo tanto, hipotetizar que en muchos casos el propio perfil del menor haya podido ocasionar conflictos y distanciamiento entre los padres. En este sentido, Barkley et al. (1991) sostienen que tener hijos con TDAH aparejado a trastorno de conducta parece afectar negativamente a las relaciones matrimoniales. Donenberg y Baker (1993) destacaron que, en comparación con las familias de menores autistas, los niños con TDAH generaban niveles similares de impacto familiar y estrés; Anastopoulos et al. (1992) observaron que los niveles de estrés en padres de niños con TDHA se elevaban hasta un 43%, cuando los menores exhibían conductas agresivas y desafiantes, mientras que Roselló et al. (2003) sostienen que un hijo con este trastorno genera, incluso en los padres más competentes, sentimientos de ineficacia personal, estrés, frustración y rechazo que provocan conflictos y alejamiento entre la pareja.

En resumen, mientras que los problemas de conducta de los hijos parecen estar en la base de no pocos conflictos matrimoniales, no puede afirmarse taxativamente lo contrario (Ramírez, 1999).

### **3.6. Modelos sistémicos**

Si bien reconocemos la utilidad del modelo sistémico a la hora de reubicar las relaciones con el hijo agresor (Pereira y Bertino, 2010) o tratar los desplazamientos de los conflictos de pareja (Minuchin, 1974), parece excesivo considerar por defecto a los menores agresores como víctimas y el maltrato a los padres como una violencia defensiva (Pérez y Pereira, 2006). Y es que ni estas hipótesis son aplicables a la todas las familias que sufren VFP ni mucho menos deberían servir para justificar esta última, y ello por una sencilla razón, que, tal y como sostienen Agustina y Romero (2013), la violencia es un acto intencionado, siendo la responsabilidad de quien la ejerce.

En cuanto al desencadenamiento de la conducta violenta, Pereira y Bertino (2009)

¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA  
FILIOPARENTAL?

establecen una secuencia de acción que puede resumirse en los siguientes pasos: a) un desacuerdo entre progenitor e hijo en torno al establecimiento de alguna norma que daría pie a una escalada simétrica, b) el intento de abandono del escenario por parte del hijo, c) la persecución del padre para evitar la retirada y, por fin, d) la reacción violenta del acosado para terminar la tensión.

Coincidiendo con ambos autores en cuanto a la mencionada secuencia, creemos que esta explicación requiere algunos matices. De un lado, el desacuerdo suele consistir en el incumplimiento por parte del hijo de una norma previamente pactada con sus progenitores. De otro, la persecución del padre solo se justifica —razonablemente, a nuestro juicio— para que el menor cumpla la norma de la que intenta escapar. Por último, intuimos que muchas veces la reacción violenta del menor no es tanto para terminar con la tensión como para zafarse de la tarea, incrementar su poder y obtener, así, una ganancia secundaria: «llegar a la hora que desee, obtener más dinero para los gastos, poder decidir qué y cuándo se come, en definitiva, una total libertad de acción» (Pereira y Bertino, 2009, p. 19 y 20) que, con el paso del tiempo, necesitará respaldar con comportamientos cada vez más extremos (Omer, 2004).

Y es precisamente la explicación de esta ganancia secundaria donde consideramos que el paradigma sistémico pierde fuelle en aras de otros modelos más explicativos como son las teorías de la Elección Racional (Becker, 1968; Fishbein y Ajzen, 1975). Los terapeutas sistémicos ven en la conducta de los hijos agresores una contestación a la conducta de los padres, es decir un conjunto de actos impulsivos o una violencia reactiva sin un fin predeterminado (Pereira y Bertino, 2009). Otros autores, sin embargo, plantean el maltrato como una lucha por el poder, una conducta instrumental y premeditada que se dirige a unos determinados objetivos de control (Calvete, Orue y Gámez-Guadix, 2013). A caballo entre ambas posiciones están los que defienden la existencia de un perfil mixto que combinaría problemas internalizantes y un uso de la violencia instrumental con características más semejantes a las de la agresión de tipo proactivo que reactivo (Calvete, Orue y Gámez-Guadix, 2013; Rechea y Cuervo, 2010), encontrándonos aquí adolescentes con una elevado componente antisocial (Penado et al., 2014) que no solo no agreden como reacción impulsiva, sino que lo hacen de forma fría y calculada (Raine et al., 2006) para impedir que sus víctimas puedan defenderse. Para estos autores la VFP se daría cuando el menor estima que los beneficios de agredir e intimidar a sus padres son mayores que aquellos asociados a no hacerlo.

Otra objeción al modelo sistémico es que, lejos de lo que pudiera parecer, los problemas de muchos menores no se centran exclusivamente en la familia. La mayor parte de los investigadores (Rechea y Cuervo, 2009; González-Álvarez et al. 2011; Ibabe y Jaureguizar, 2012; Ibabe, Arnos, Elgorriaga, 2014) reconocen que un tanto por ciento muy elevado de los menores agresivos —7 de cada 10 para Rechea y Cuervo (2010), 6 de cada 10 según Romero et al. (2005)— presentan problemas de violencia general, interaccionado estrechamente con otros menores problemáticos, con pertenencia (70,6 % de los casos) a grupos de iguales desadaptados (Rechea y Cuervo, 2010), manteniendo relaciones de amistad con iguales violentos (40,6 %), y presentando en muchos casos (el 53,4 %) carreras delictivas más amplias (Romero et al., 2005). Otros

llegan aún más lejos al afirmar que los infractores que agreden a sus padres tienen más problemas conductuales fuera del hogar, incluso, que los infractores que cumplen medida por otros delitos (Ibabe y Jaureguizar, 2012; Ibabe, Arnosó y Elgorriaga, 2014).

### 3.7. En torno a los problemas psicológicos de los padres:

Por último, respecto de lo que se plantea acerca del abuso de alcohol y drogas por parte de los padres (Pagani et al., 2004; Cottrell, 2001), así como a la relación de dicho consumo con la falta de consistencia en la gestión de las normas y la disciplina, estudios recientes muestran que si bien es cierto que en muchos casos aparecen (en un 71,5%, según Rechea y Cuervo, 2010), estos no son tantas veces previos a la violencia sufrida como a consecuencia de esta última, pasando en ocasiones las conductas de drogodependencia a convertirse en un paliativo encaminado a superar la situación de tensión (Agnew y Huguley, 1989; Cottrell, 2001; Cottrell y Monk, 2004; Gallagher, 2004a; Howard y Rottem, 2008; Omer, 2004; Paterson, Luntz, Perlesz y Cotton, 2002; Sempere et al., 2007; Garrido, 2005; Rechea y Cuervo, 2009, 2010).

En cualquier caso, otros autores (Ibabe, Jaureguizar y Díaz (2007) sostienen que, debido al bajo nivel de incidencia encontrado en investigaciones previas, “no parece que sea el factor más determinante en (...) en nuestra sociedad” (p. 26).

## 4. CONCLUSIÓN

De todo lo anterior podemos concluir que la VFP es un fenómeno complejo, de creciente incidencia y etiología múltiple y variada (Ibabe y Jaureguizar, 2012; Ibabe, Arnosó, Elgorriaga, 2014; Sánchez, 2008; Pueyo Andrés, 2006; Cottrell y Monk, 2004). Dicha complejidad parte de que no hay un solo perfil de maltratador, como tampoco un solo perfil de familia, influyendo factores muy diversos que interaccionan en contextos ecológicos diferentes, si bien no tan distintos de los que explican otras formas de agresión juvenil. Al tiempo, la distinta procedencia de las muestras, la subjetividad en la interpretación de los resultados y la proliferación de abordajes y análisis parciales cristalizan en un abanico de teorías y conclusiones diversas (Aroca Montolio, 2010; Rechea y Cuervo, 2009; Calvete, Gámez-Guadix, & Orue, 2014; Aroca et al., 2014; Martínez García y Martínez Caro, 2009) que, en algunos casos, parecen responder más a criterios ideológicos que a análisis puramente científicos (Aroca Montolio, Alba Robles, 2012). Esta consideración —unida al hecho de que, a día de hoy, no abundan los diseños experimentales que prueben la influencia real e inequívoca de la disciplina familiar sobre los problemas de conducta de los menores (Laing, 2001; Ibabe y Jaureguizar, 2011; García-Linares, De la Torre, Carpio, Cerezo y Casanova, 2014)— sugiere que tomar como axioma que la VFP es sencillamente una violencia reactiva y defensiva que responde a otras formas de agresión de los padres más o menos sutiles (Pérez y Pereira, 2006) o la única salida que tiene el menor para escapar de un contexto caótico y legitimador de la violencia (Wilson, 2005; González Álvarez et al., 2013) pudiera resultar aventurado.

¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA  
FILIOPARENTAL?

Como afirman Zoccolillo et al. (2005), para llegar a convenir que determinadas prácticas parentales son un elemento causal en el desarrollo de la agresión hay que empezar por demostrar que dichas prácticas preceden a la aparición de la conducta agresiva, y no son un resultado de la misma. Además si, como hemos hecho constar a lo largo del artículo, las medidas por las que los menores justifican su comportamiento agresivo son similares a las acciones de control que se aplican a cualquier otro adolescente (Rechea y Cuervo, 2009; Garrido, 2007; Serviflip en prensa, 2014), si la simple supervisión puede provocar hostilidad (Ibabe, 2015) y si el estilo permisivo tiene tantos efectos favorables como el democrático (Musitu y Garcia, 2004; Garcia y Gracia, 2010; Gamez-Guadix, Jaureguizar, Almendros y Carrobes, 2012), reconoceremos la necesidad de romper con clichés que a base de ser repetidos han provocado que los padres sean vistos por una gran mayoría de técnicos como los causantes del propio problema que padecen. En pocas palabras: las tesis que plantean que “el principal precursor de la violencia de los hijos es la violencia de los progenitores y viceversa” (Morán Rodríguez, 2013, p. 420) requieren a nuestro juicio de no pocas matizaciones.

Quizás el auténtico dilema de la VFP gire en torno a dos aspectos fundamentales: de un lado, si el chico que agrede pone en práctica una violencia proactiva o reactiva; de otro, si puede señalarse en todos los casos a la familia como causante, directa o indirecta, de esta agresión (Montero Hernanz y March Ortega, 2015). En relación con la primera, como afirman Calvete, Orue y Gámez-Guadix (2013) —y ya hemos señalado—, en numerosas ocasiones el ataque no nace solo como reacción a la disciplina paterna, sino como una lucha por el poder. En cuanto a la segunda, ni todos los padres que utilizan estilos permisivos, autoritarios o sobreprotectores padecen VFP, ni en todas las familias en las que se ha dado este tipo de violencia se habían puesto en práctica pautas erróneas de crianza. Y es que si los progenitores son los últimos responsables de la educación de sus hijos, no es menos cierto que ambos (menores y familias) se desenvuelven en un contexto social que condiciona los parámetros en la que esta puede llevarse a cabo. Ello es sobre todo aplicable a los adolescentes, en los que la influencia de los padres se reduce al mínimo, mientras que la del entorno y el grupo de referencia cobra su máximo apogeo (Palacios y Oliva, 2005), proveyéndole este último de una serie de valores, normas y actitudes que le garantizarán la aceptación y el respeto de sus iguales, lejos del “caduco” marco axiológico familiar.

Al tiempo, no parece descabellado argüir que determinadas características individuales de los hijos pudieran precipitar situaciones de conflicto y los progenitores verse incapaces de controlarlos (Ibabe, Arnosó, Elgorriaga, 2014). Un adolescente que no acepta un NO, que agrede, insulta cuando se intenta razonar con él, que dificulta la supervisión hasta hacerla imposible, que pretende alcanzar sus objetivos al precio que sea, que evita que las consecuencias que le imponen los adultos puedan ejercerse y que muestra absoluto desprecio por los sentimientos de los demás es poco permeable al influjo de la familia (Baumeister, Bushman y Campbell, 2000; Schneider, Cavell y Hugues, 2006; Saltaris, 2006). A partir de ahí, cuando los intentos de los progenitores por controlar a los hijos sin dañar el vínculo se tornan ineficaces, los estilos democráticos se transforman en autoritarios, en permisivos y por último en un bucle de intervenciones erráticas, en busca de una solución que no llega (Omer, 2007; Garrido,

2007). Por supuesto, ello no implica en todos los casos un posicionamiento egosintónico por parte del menor. De un lado, las conductas distorsionadoras son a veces síntomas que esconden conflictos larvados que pueden ir desde una situación de bullying o un estado depresivo (Glaser, 1967) hasta no aceptar una situación de divorcio o de haber sido adoptado (Asociación Altea-España, 2008; Barbolla Camarero et al. 2011). De otro, la VFP llega a sumir a todos los miembros de la familia en una espiral de la que evadirse resulta muy difícil. En cualquier caso, la eventualidad de que muchos de estos chicos lleven recibiendo asistencia psicológica desde mucho antes de llegar a la agresión, así como el hecho de que muestren mayores tasas de patología psiquiátrica (Kennedy et al, 2010) debería hacernos reflexionar sobre la más que posible existencia de estas variables individuales.

Volviendo al contexto social, observamos que, lejos de ser patrimonio de las familias, la violencia adolescente es observable en otros ámbitos (Magro Servet, 2014), —la pareja, las aulas, los grupos de iguales y centros de menores...—; en buena parte, porque algunos de estos jóvenes confunden los derechos que les otorgan los valores democráticos con un sentimiento de impunidad. A partir de aquí, y cuando descubren que los adultos tienen grandes dificultades para ejercer sobre ellos un verdadero control (Calvete, Orue y Gámez-Guadix, 2013), pasan a adoptar roles autoritarios, no solo a escala familiar, sino también social. Ello se refuerza por la progresiva degradación de determinados principios de convivencia, por la incapacidad de las familias para filtrar estímulos nocivos, por el menosprecio pedagógico que sufre el concepto de *autoridad* y la falta de un consenso político que permita abordar la violencia de una manera global (Magro Servet, 2014); violencia que se ha convertido en algo aceptable —cuando no en un producto de consumo (Huesmann y Eron, 1986; Guebbe y Goñi, 2010; Garmendia, Garitaonandía, Martínez y Casado, 2011; Catalina García, López de Ayala y García Jiménez, 2014; Giménez, Maquilón, Arnaiz, 2015; House of Commons Health Committee, 2014)—, útil para lograr los objetivos propuestos y que se refuerza por los medios de comunicación y la actitud ambigua de algunos sectores de la sociedad.

Sin negar que existen muchas familias patógenas e inconsistentes, aceptando que algunos padres que sufren VFP se han mostrado hostiles con sus hijos o han usado estrategias de disciplina erróneas, siendo cierto que muchos de estos adolescentes han padecido sucesos traumáticos que les han supuesto crisis vitales o han vivido inmersos en un clima de agresión conyugal, y dejando sentado que los estilos de crianza autoritario-agresivos y permisivos-negligentes correlacionan de forma significativa con la gestación de personalidades violentas, también lo es que un menor que no asume la autoridad y la responsabilidad de los adultos, para el que tanto los premios como los castigos son ineficaces (Garrido, 2007; Saltaris, 2006, Rechea y Cuervo, 2009 y 2010) y al que, sin embargo, no se puede eludir dada la dependencia legal y material que mantiene de sus progenitores, sume a estos en un embotamiento emocional solo comparable al que padecen otras víctimas de violencia (Pereira y Bertino, 2010).

En cuanto a nosotros, psicólogos, pedagogos, educadores y técnicos pertenecientes a los Servicios Especializados, al considerar a las familias en su conjunto como el principal factor de riesgo de la VFP, al minimizar sus experiencias de maltrato y al



¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA  
FILIOPARENTAL?

pedirles más comprensión con su agresor (Omer, 2004; Aroca Montolío, Bellver Moreno, Alba Robles, 2012) estamos cerrando los ojos ante el desgaste que aquellas han venido padeciendo y que en buena medida puede haberles conducido a transformar modelos que en otro momento fueron válidos (Garrido, 2007; Rechea y Cuervo, 2009 y 2010) en reacciones desesperadas, en prácticas que surgen de la necesidad de sobrevivir al maltrato y que lamentablemente no han hecho sino empeorar su situación.

No queremos concluir sin mencionar algunos puntos que consideramos importantes en nuestra relación con las víctimas del maltrato.

- a) Ayudar sin caer en estereotipos. No todos los padres que sufren VFP son permisivos, incoherentes o punitivos autoritarios. (Rechea y Cuervo, 2009 y 2010). El hecho de que nosotros podamos manejar la violencia del chico en nuestra consulta o centro, no implica que sus progenitores puedan hacer lo mismo en casa, ni siquiera aplicando nuestras estrategias. Ni la relación, ni los recursos materiales, ni el nivel de implicación emocional, ni el status/ rol que ocupa el técnico a la hora de intervenir son los mismos que tiene un padre de familia. Si a esto le añadimos una autoestima mermada, un estado de ánimo depresivo (Howard, 2011; Howard y Rottem, 2008; Aroca Montolío, Lorenzo-Moledo y Miró-Pérez, 2014) y una cierta confusión a la hora de tomar decisiones (Bugental, Blue y Cruzcosa, 1989), coincidiremos en que los padres necesitan mucha ayuda para intentar recobrar los perdidos límites.
- b) Desculpabilizar. Junto con el estrés y el miedo, la culpa es uno de las principales características de los padres maltratados. El sentimiento de haber fracasado como educadores unido al hecho de haber llegado a denunciar a su propio hijo y a la atribución negativa que se hace de este fenómeno desde buena parte de la sociedad —incluso en los Servicios Sociales en términos de considerar a estas familias a la vez como víctimas y verdugos (Aroca Montolío, Bellver Moreno, Alba Robles, 2013)— contribuye no solo a incrementar la cifra negra de la VFP (Aroca Montolío, Alba Robles, 2012), sino sobre todo a la existencia de la negación y del *secreto familiar* (Eckstein, 2004). Ayudar a los padres a salir de esta doble victimización y elevar su malogrado autoconcepto es tan importante como dotarles de habilidades.
- c) Ser cautos, honestos y realistas con nuestras recomendaciones; ni el terapeuta tiene todas las respuestas ni existen fórmulas mágicas para los casos más graves, todo lo más ciertas técnicas que unas veces funcionan y otras veces no. Por poner un ejemplo, algunas de las propuestas sugeridas por Weinblatt y Abraham-Krehwinkel en el libro *Resistencia No Violenta* (Omer, 2004), aunque bien planteadas y muy interesantes, pueden resultar, además de complejas de implementar con algunos menores, insólitas para muchas de estas familias que llevan acudiendo a escuelas de padres, a psicólogos y terapeutas desde que su hijo empezó la educación primaria y que habiendo intentado poner en práctica más consejos y directrices de los que pueden asimilar, todavía no han visto resultados (Aroca Montolío, Bellver Moreno, Alba Robles, 2013).

- d) Ser empáticos con las víctimas. Tal y como asegura Felson (1994), concebir en todos los casos al joven como *un inocente corrompido por los adultos* es un error. Más aún en el marco de la VFP. Entre el agresor y el agredido no hay simetría, sino en muchas ocasiones una relación complementaria-rígida y perversa en la que el hijo actúa de forma intencional y consciente, con el deseo de causar sufrimiento (Pérez y Pereira, 2006; Cottrell y Monk, 2004) y obtener el control (Aroca Montolio, 2010; Aroca Montolío, Bellver Moreno, Alba Robles, 2012). En este punto es necesario recordar que cuando la familia se decide a pedir ayuda, lleva mucho tiempo padeciendo VFP (Rechea y Cuervo, 2009 y 2010), y que tanto sus emociones adversas contra el chico, como su incapacidad de respuesta, incluso sus posibles recelos ante la intervención del técnico pueden ser, en buena parte, efectos de ese mismo maltrato.

## Bibliografía

- Achenbach, T. y Howell, C. (1989).- “*Are America’s Children’s Problems Getting Worse? A 13 Year Comparison*”, en *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, noviembre.
- Agnew, R. (2006).- *Pressured Into Crime: An Overview of General Strain Theory*. New York: Oxford University Press (2006)
- Agnew, R., & Huguley, S. (1989).- *Adolescent violence toward parents*. *Journal of Marriage and Family*, 51(3), 699–711. <https://doi.org/10.2307/352169>
- Aguirre Zamorano, P. (1999).- “Los jóvenes del siglo XXI: Proyecto de Ley de Justicia Juvenil”, en Giménez-Salinas i Colomer, E. (Dir.): *Legislación de menores en el siglo XXI: análisis de Derecho comparado*, (Estudios de Derecho Judicial, 18-1999), Madrid: CGPJ.
- Agustina, J. R. y Romero, F. (2013).- *Análisis criminológico de la violencia filio-parental*. UNED. *Revista de Derecho Penal y Criminología*, 3.a Época, n. 9
- Akers, R. L. (2006). Aplicaciones de los principios del aprendizaje social. Algunos programas de tratamiento y prevención de la delincuencia. En F. Bueno, H. Kury, L. Rodríguez y E.R. Zaffaroni (Eds.), *Derecho penal y criminología como fundamento de la política criminal* (pp.1117-1138). Madrid: Dykinson.

¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA  
FILIOPARENTAL?

- Aluja, A., Del Barrio, V. y García, L. F. (2005).- *Relationships between adolescents' memory of parental rearing styles, social values and socialization behavior traits. Personality and Individual Differences*, 39, 903-912. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2005.02.028>
- Anastopoulos A. D, Guevremont D. C, Shelton T. L, DuPaul G. J. (1992).- *Parenting stress among families of children with attention deficit hyperactivity disorder*. *J Abnorm Child Psychol*; 20: 503-20. <https://doi.org/10.1007/BF00916812>
- Aroca Montolio, C. (2010).- *La violencia filio-parental: una aproximación a sus claves*. Tesis Doctoral. Universidad de Valencia.
- Aroca Montolío, C., Alba Robles, J.L. (2012).- *La violencia filio-parental en hijos e hijas adolescentes con rasgos de psicopatía*. *La psicopatía en el siglo XXI: Apuntes para la reflexión*. *Criminología y Justicia*, ISSN-e 2174-1697, N° 3, 2012, págs. 25-44
- Aroca Montolío, C., Bellver Moreno, M. C., Alba Robles, J.L. (2012).- *La teoría del aprendizaje social como modelo explicativo de la violencia filio-parental*. *Revista Complutense de Educación* ISSN:1130-2496 Vol. 23 Núm. 2 (2012) 487-511
- Aroca Montolío, C., Bellver Moreno, M. C, Alba Robles, J.L. (2013).- *Revisión de programas de intervención para el tratamiento de la violencia filio-parental. Una guía para la confección de un nuevo programa*. *Educación XX1*. 16.1, 2013, pp. 281-304. UNED.
- Aroca-Montolío C., Lorenzo-Moledo M y Miró-Pérez C. (2014).- *La violencia filio-parental: un análisis de sus claves*. *anales de psicología*, 2014, vol. 30, nº 1 (enero), 157-170 <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.30.1.149521>
- Asociación Altea-España (2008).- *Proyecto: Violencia intrafamiliar: menores que agreden a sus padres*. Documento digital: <http://www.altea-europa.org>
- Barbolla Camarero D., Masa Muriel, E. y Diaz Bastos, G. (2011). *Violencia invertida: cuando los hijos pegan a sus padres*. Barcelona. GEDISA.
- Barkley RA, Fischer M, Edelbrock C, Smallish L. (1991).- *The adolescent outcome of hyperactive children diagnosed by research criteria*. III. Mother child interactions, family conflicts and maternal psychopathology. *J Child Psychol Psychiatry*; 32: 233-55. <https://doi.org/10.1111/j.1469-7610.1991.tb00304.x>
- Baumeister, R. F., Bushman, B. J. y Campbell, W. K. (2000).- *Self-esteem, narcissism and aggression: Does violence result from low self-esteem or for threatened egotism?* *Current Directions in Psychological Science*, 9, 26-29. <https://doi.org/10.1111/1467-8721.00053>
- Becker, Gary. (1968).- *Crime and Punishment: An economic Approach*. *Journal of Political Economy*. Vol 76, pp. 169-217. <https://doi.org/10.1086/259394>
- Borsboom, D., Mellenbergh, G. J., y van Heerden, J. (2004).- *The concept of validity*. *Psychological Review*, 111 (4), 1061-1071. <https://doi.org/10.1037/0033-295X.111.4.1061>

- Boshua, D.M., y Twentyman, C.T. (1984). *Mother-child interactional style in abuse, neglect and control groups: Naturalistic observations in home*. Journal of Abnormal Psychology, 93, 106-114. <https://doi.org/10.1037/0021-843X.93.1.106>
- Boxer, P., Gullan, R. L., Mahoney, A. (2009). *Adolescents physical aggression toward parents in a clinical-referred sample*. Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology, 30 (1), 106-116. <https://doi.org/10.1080/15374410802575396>
- Brezina, T. (1999).- *Teenage violence toward parents as an adaptation to family strain: Evidence from a national survey of male adolescents*. Youth & Society, 30, 416-444. <https://doi.org/10.1177/0044118X99030004002>
- Brody, G. H., Arias, I. y Fincham, F. D. (1996). *Linking marital and child attributions to family processes and parentchild relationships*. Journal of Family Psychology, 10, 408-421. <https://doi.org/10.1037/0893-3200.10.4.408>
- Buehler, C. y Gerard, J. M. (2002). *Marital conflict, ineffective parenting, and children's and adolescents' maladjustment*. Journal of Marriage and the Family, 64, 78-92. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3737.2002.00078.x>
- Bugental, D. B., Blue, J. B. y Cruzcosa, M. (1989)..- *Perceived control over caregiving outcomes: Implications for child abuse*. Developmental Psychology, 25, 532-539. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.25.4.532>
- Calvete, E. Orue, I. y Sampedro R. (2011).- *Violencia filio-parental en la adolescencia: características ambientales y personales*. Infancia y Aprendizaje, 34 (3), 349-363 <https://doi.org/10.1174/021037011797238577>
- Calvete, E., Orue, I. y Gámez-Guadix M. (2013).- *Child-to-Parent Violence: Emotional and Behavioral Predictors*. Journal of Interpersonal Violence XX (X) 1–18. <https://doi.org/10.1177/0886260512455869>
- Calvete, E., Gamez-Guadix, M., & Orue, I. (2014).- *Características familiares asociadas a violencia filio-parental en adolescentes*. Anales de psicología, 2014, vol. 30, nº 3 (octubre), 1176-1182 <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.30.3.166291>
- Calvete, E. Orue, I., Bertino, L., Gonzalez, Z. Montes, Y., Padilla P, y Pereira, R (2014).- *Child-to-Parent Violence in Adolescents: The Perspectives of the Parents, Children, and Professionals in a Sample of Spanish Focus Group Participants*. Journal of Family Violence. Springer Science+Business Media New York 29:343–352.
- Catalina García B., López de Ayala M.C. y García Jiménez A. (2014).- *Los riesgos de los adolescentes en Internet: los menores como actores y víctimas de los peligros de Internet*. Revista Latina de Comunicación Social, 69, pp. 462 a 485. [http://www.revistalatinacs.org/069/paper/1020\\_UR/23es.html](http://www.revistalatinacs.org/069/paper/1020_UR/23es.html)  
<https://doi.org/10.4185/RLCS-2014-1020>
- Cerezo M.A., D'Ocon, A. y Dolz, L. (1996).- *Mother-child interactive patterns in abusive families vs. Non abusive families. An observational study*. Child Abuse and Neglect, 20, 575-589 [https://doi.org/10.1016/0145-2134\(96\)00045-2](https://doi.org/10.1016/0145-2134(96)00045-2)

¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA  
FILIOPARENTAL?

- Contreras L., Cano C. (2014).- *Family Profile of Young Offenders Who Abuse Their Parents: A Comparison With General Offenders and Non-Offenders*. J Fam Viol (2014) 29:901–910 <https://doi.org/10.1007/s10896-014-9637-y>
- Coogan, D. (2012).- *Child-to-parent violence: Challenging perspectives on family violence*. *Child Care in Practice*, 17, 347-358. <https://doi.org/10.1080/13575279.2011.596815>
- Cottrell, B. (2001).- *Parent abuse: The abuse of adults by their teenage children: Overview paper*. Ottawa: Public Health Agency of Canada. [http://www.canadiancrc.com/PDFs/Parent\\_Abuse-abuse\\_of\\_Parents\\_by\\_Their\\_Teenage\\_Children\\_2001.pdf](http://www.canadiancrc.com/PDFs/Parent_Abuse-abuse_of_Parents_by_Their_Teenage_Children_2001.pdf)
- Cottrell, B. y Monk, (2004).- *Adolescent-to-parent abuse: a qualitative overview common themes*. *Journal of Family Issues*, 25 (8) 1072-1095. <https://doi.org/10.1177/0192513x03261330>
- Cyrulnik, B. (2005).- *El amor que nos cura*. Gedisa, Barcelona.
- Domínguez Luelmo (2007).- *Derecho sanitario y responsabilidad médica: comentarios a la Ley 41/2002*. Lex Nova
- Donenberg G, Baker BL. (1993).- *The impact of young children with externalizing behaviors on their families*. *J Abnorm Child Psicol* 1993; 21: 179-98. <https://doi.org/10.1007/BF00911315>
- Duffy, A. y Momirov, J. (1997).- *Family violence: Canadian introduction*. Toronto: Lames Lorimer& Company.
- Eckstein, N. J. (2004).- *Emergent issues in families experiencing adolescent-to-parent abuse*. *Western Journal of Communications*, 68, 365-388. <https://doi.org/10.1080/10570310409374809>
- Etxebarria, I., Apodaca, P., Fuentes, M. J., López, F., & Ortiz, M. J. (2009).- *La crianza y la educación de los hijos en la sociedad actual. ¿Lo estamos haciendo bien?* *Revista de Psicología Social*, 24,81–96. <https://doi.org/10.1174/021347409786922952>
- Euskarri (2012).- *Guía básica de actuación en situaciones de Violencia Filio-Parental*. Centro de Intervención en Violencia Filio-Parental.
- Farrington D.P. (1994).- *Cambridge study in delinquent development [Great Britain], 1961-1981* [Computer file]. Conducted by David P. Farrington, Cambridge University. 2nd ICPSR ed. Ann Arbor, MI: Interuniversity Consortium for Political and Social Research. ANN ARBOR, MICHIGAN.
- Felson, Marcus (1994).- *Crime and Everyday Life: Insight and Implications for Society*. Thousand Oaks, CA: Pine Forge Press.
- Fishbein, M., y Ajzen, I. (1975).- *Belief, attitude, intention, and behavior*. Nueva York: Addison-Wesley

- Furlan, A. (2005).- *Problemas de indisciplina y violencia en la escuela*. Revista Mexicana de Investigación Educativa, vol. 10, núm. 26, julio-septiembre, (pp. 631-639)
- Gambarino J. y Bedard, C. (2001).- *Parentst under siege*. N.Y. Touchstone Books.
- Gámez-Guadix M., Almendros C., Carrobles J.A. and Muñoz-Rivas M. (2012).- *Interparental Violence and Children's Long-Term Psychosocial Adjustment: The Mediating Role of Parenting Practices*. The Spanish Journal of Psychology Vol. 15, No. 1, 145-155 ISSN 1138-7416 [http://dx.doi.org/10.5209/rev\\_SJOP.2012.v15.n1.37299](http://dx.doi.org/10.5209/rev_SJOP.2012.v15.n1.37299)
- Gámez-Guadix M. y Calvete E. (2012).- *Violencia filioparental y su asociación con la exposición a la violencia marital y la agresión de padres a hijos*. Psicothema. Vol. 24, nº 2, pp. 277-283
- Gamez-Guadix. M; Jaureguizar. J, Almendros, C, Carrobles J.A. (2012)- *Estilos de socialización familiar y violencia de hijos a padres en población española*. Behavioral Psychology/Psicología conductual
- García, F., & Gracia, E. (2009). *Is always authoritative the optimum parenting style? Evidence from Spanish families*. Adolescence, 44, 101–131
- Garcia, F. y Gracia, E. (2010).- *¿Qué estilo de socialización parental es el idóneo en España? Un estudio con niños y adolescentes de 10 a 14 años*. Infancia y Aprendizaje, 33, 365384. <https://doi.org/10.1174/021037010792215118>
- García-Linares, M. C., Cerezo, M.T., De la Torre, M.J., Carpio, M. V. y Casanova, P.F. (2011).- *Prácticas educativas paternas y problemas internalizantes y externalizantes en adolescentes españoles*. Psicothema, 23, 654-659.
- Garmendia, M., Garitaonandia, C., Martínez, G., & Casado, M. A. (2011).- *Riesgos y seguridad en internet: Los menores en el contexto europeo*. Bilbao, España: EU Kids Online.
- Garrido, V. (2005).- *Los hijos tiranos. El síndrome del emperador*. Barcelona: Ariel.
- Garrido, V. (2007).- *Antes que sea tarde: Como prevenir la tiranía de los hijos*. Nabla.
- Garrido, V. (2009).- *Mientras vivas en casa*. Barcelona: Versátil.
- Gelles, R.J. y Strauss, M.A. (1988). *Intimate violence: The causes and consequences of abuse in the American family*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Gershoff, E.T. (2002).- *Corporal punishment by parents and associated child behaviors and experiences: A meta-analytic and theoretical review*. Psychological Bulletin, 128, 539-579. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.128.4.539>
- Gil Calvo, E. (1998).- *Escenas de una pasión inútil*. En C. Ruidíaz García (Comp.). *Violencia juvenil desde una perspectiva multidisciplinar* (pp. 11-26). Madrid: Publicaciones del Instituto de Criminología de la Universidad Complutense de Madrid.

¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA  
FILIOPARENTAL?

- Giménez, Ana M.; Maquilón, Javier J.; Arnaiz, Pilar (2015).- *Usos problemáticos y agresivos de las TIC por parte de adolescentes implicados en cyberbullying*. Revista de Investigación Educativa, 33(2), 335-351. <http://dx.doi.org/10.6018/rie.33.2.199841>
- Glaser K. (1967).- Masked depression in children and adolescents. American Journal of Psychotherapy.;21:565–574. [PubMed]
- Gómez André, M<sup>a</sup> Eugenia (2013).- RES. *Violencia de los hijos sobre los padres causas y medios de prevención*.
- González-Álvarez, M. Morán Rodríguez, N y García-Vera, M .P. (2011).- *Violencia de hijos a padres: revisión teórica de las variables clínicas descriptoras de los menores agresores*. Psicopatología Clínica Legal y Forense, Vol. 11, 2011, pp.101-121. ISSN: 1576-9941
- González Álvarez, M; García-Vera, P. Graña Gómez, J.L., Morán Rodríguez, N. Gesteira Santos, C. Fernández Árias, I, Moreno Pérez, N., Zapardiel Fernández, A. (2013).- *Programa de tratamiento educativo y terapéutico por maltrato familiar ascendente*. Agencia de la comunidad de Madrid para la reeducación y reinserción del menor infractor. Clínica Universitaria de Psicología. Universidad Complutense de Madrid.
- Gottfredson, M.R., & Hirschi, T. (1994). *A general theory of adolescent problem behavior: Problems and prospects*. Hillsdale, NJ, England: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.
- Guembe, P., Goñi, C. (2010).- *Porque te quiero*. Desclée De Brouwer.
- Harbin, H. T. y Madden, D. J. (1979).- *Battered parents: A new syndrome*. The American Journal of Psychiatry, 136, 1288-1291. <https://doi.org/10.1176/ajp.136.10.1288>
- Hardt, J., y Rutter, M. (2004).- *Validity of adult retrospective reports of adverse childhood experiences: Review of the evidence*. Journal of Child. Psychology and Psychiatry, 45, 260-273. <https://doi.org/10.1111/j.1469-7610.2004.00218.x>
- Harold, G. T., Fincham, F. D., Osborne, L. N., & Conger, R. D. (1997). *Mom and Dad are at it again: Adolescent perceptions of marital conflict and adolescent psychological distress*. Developmental Psychology, 33, No. 2, 333-350. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.33.2.333>
- Hart, B. (2006).- *Sin miedo a educar*. Madrid: Ciudadela.
- Hartz, D. (1995).- *Comparative conflict resolution patterns among parents-teen dyads of four ethnic groups I Hawaii*. Child Abuse and Neglect, 19, 681-689. [https://doi.org/10.1016/0145-2134\(95\)00026-5](https://doi.org/10.1016/0145-2134(95)00026-5)
- Haugaard, J.J., y Feerick, M. (2002). *Interventions for maltreated children to reduce their likelihood of engaging in juvenile delinquency*. Children's Services: Social Policy, Research & Practice, 5(4), 285-297. [https://doi.org/10.1207/S15326918CS0504\\_5](https://doi.org/10.1207/S15326918CS0504_5)

- Hayduk, L. A. (1996).- *LISREL Issues, Debates and Strategies*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press
- Hoffman, M. (1970).- *Conscience, personality and socialization techniques*. Human Development, 13, 90. <https://doi.org/10.1159/000270884>
- House of Commons Health Committee (2014).- *Children's and adolescents' mental health and CAMHS of the House of Commons* London: The Stationery Office Limited.
- Howard, K. A. S., Budge, S. L., & McKay, K. M. (2010). *Youth exposed to violence: The role of protective factors*. Journal of Community Psychology, 38(1), 63-79. <https://doi.org/10.1002/jcop.20352>
- Howard, J. (2011).- *Adolescent violence in the home: the missing link in family violence prevention and response*. Australian Domestic and Family Violence Clearinghouse. Recuperado en marzo de 2013 en [http://www.adfvc.unsw.edu.au/PDF%20files/Stakeholder\\_Paper\\_11.pdf](http://www.adfvc.unsw.edu.au/PDF%20files/Stakeholder_Paper_11.pdf)
- Howard, J. y Rotem, N. (2008) *It all start at home: Male adolescent violence to mothers*. St. Kilda. Australia. Inner Couth Community Health
- Huesmann, L. R., & Eron, L. D. (Eds.). (1986).- *Television and the aggressive child: A cross-national comparison*. Hillsdale: Erlbaum.
- Ibabe, I (2015).- *Predictores familiares de la violencia filio-parental: el papel de la disciplina familiar*. Anales de psicología, 2015, vol. 31, nº 2 (mayo), 615-625 <https://doi.org/10.6018/analesps.31.2.174701>
- Ibabe, I, Arnoso, A. Elgorriaga E. (2014).- *Behavioral problems and depressive symptomatology as predictors of child to parent Violence*. The European Journal of Psychology Applied to Legal Context 6 (2014) 53-61 <https://doi.org/10.1016/j.ejpal.2014.06.004>
- Ibabe, I., Jaureguizar, J. y Díaz, O. (2007).- *Violencia Filio-Parental: Conductas violentas de jóvenes hacia sus padres*. <http://www.jusap.ejgv.euskadi.net/r47->
- Ibabe, I. y Jaureguizar, J. (2011).- *¿Hasta qué punto la violencia filio-parental es bidireccional?* Anales de Psicología, 27. 265-277.
- Ibabe, I. y Jaureguizar, J. (2012).- *El perfil psicológico de los menores denunciados por violencia filio-parental*. Revista Española de Investigación Criminológica Artículo 6, Número 9 (2011) [www.criminología.net](http://www.criminología.net) ISSN: 1696-9219
- ITER (2014) *Itinerarios multiprofesional para la prevención policial de la delincuencia juvenil*. "Estudio sobre las familias con hijos conflictivos" Diputación de Alicante.
- Kendziora, K.T., y O'Leary, S.G. (1993).- *Dysfunctional parenting as a focus for prevention and treatment of child behavior problems*. Advances in Clinical Child Psychology, 15, 175-206.



¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA  
FILIOPARENTAL?

- Kennedy, T. D., Edmonds, W. A., Dann, K. T. J., & Burnett, K. F. (2010).- The clinical and adaptive features of young offenders with histories of child-parent violence. *Journal of Family Violence*, 25, 509–520. <https://doi.org/10.1007/s10896-010-9312-x>
- Laing, L. (2001). *Domestic violence – emerging challenges*. Comunicación oral presentada en el 4th National Outlook Symposium on Crime in Australia, Australian Institute of Criminology. (citado por Ibabe y Jaureguizar, 2011)
- Laurent, A.; Boucharlat, A.; Anchisi, A.M. (1997).- *À propos des adolescents qui agressent physiquement leur parents*. *Annales médico-psychologiques*. Vol. 155, nº1, pp. 61-64.
- Laurent, A., Derry, A. (1999).- *Violence of French adolescents toward their parents*. *Journal of Adolescent Health*, 25 (1), 21-26. [https://doi.org/10.1016/S1054-139X\(98\)00134-7](https://doi.org/10.1016/S1054-139X(98)00134-7)
- Loeber, R., Felton, D.K. y Reid, J.B. (1984).- *A social learning approach to the reduction of coercive processes in child abuse families: A molecular analysis*. *Advances of Behavior Research Therapy*, 6, 29-45. [https://doi.org/10.1016/0146-6402\(84\)90011-0](https://doi.org/10.1016/0146-6402(84)90011-0)
- Loeber, R. and Stouthamer-Loeber, M. (1998). *Development of juvenile aggression and violence. Some common misconceptions and controversies*. *American Psychologist*, 53, 242-259. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.53.2.242>
- Lopez-Romero, L. Romero, E. Villar P. (2012).- *Relaciones entre estilos educativos parentales y rasgos psicopáticos en la infancia*. *Behavioral Psychology/ Psicología Conductual*
- Mann B.J, MacKenzie E.P. (1996).- *Pathways among marital functioning, parental behaviors, and child behavior problems in school-age boys*. *Journal of Clinical Child Psychology*.;25:183–191 [https://doi.org/10.1207/s15374424jccp2502\\_7](https://doi.org/10.1207/s15374424jccp2502_7)
- Martínez García J.A. y Martínez Caro. L. (2009).- *El análisis factorial confirmatorio y la validez de escalas en modelos causales*. *Anales de psicología* 2009, vol. 25, nº 2 (diciembre), 368-374. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia. Murcia (España)
- McCord, J. (1986). *Instigation and insulation: how families affect antisocial aggression*. En D. Olweus; J. Block y M. Radke-Yarrow (Eds.) *Developmental antisocial and prosocial behaviour: research, theories and issues* (pp. 343-357) Orlando, Florida: Academic Press.
- Minuchin, S. (1974).- *Families and Family Therapy*. Harvard University Press: Cambridge.
- Montero Hernanz, T. y March Ortega, R. (2015).- La violencia filioparental: concepto, factores de riesgo y tratamiento penal. *Revista de derecho y proceso penal*, ISSN 1575-4022, Nº. 40, 469-506.

- Morán Rodríguez, N.(2013).- Padres víctimas de abuso por parte de sus hijos: características descriptivas, factores de riesgo y propuesta de un programa de intervención psicológica. Tesis Doctoral. Madrid. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Psicología.
- Musitu G. y Garcia, J.F. (2004).- *Consecuencias de la socialización familiar en la cultura española*. *Psicothema*, 16, 288-293.
- Musitu, G., Martínez, B. N. y Murgui, S. (2006).- *Marital conflict, parental support, and school adjustment in adolescents*. *Anuario de Psicología*, 37, 247-258.
- Naouri, A. (2003).- *Padres permisivos, hijos tiranos*. Barcelona. Ediciones B.
- Oldershaw, L., Walters, G.C., Hall, D.K. (1986). *Control strategies and noncompliance in abusive mother-child dyads: An observational study*. *Child Development*, 57, 722-732. <https://doi.org/10.2307/1130349>
- O'Leary, S. G. y Vidair, H. B. (2005). *Marital adjustment, child-rearing disagreements, and overreactive parenting: Predicting child behavior problems*. *Journal of Family Psychology*, 19, 208-216 <https://doi.org/10.1037/0893-3200.19.2.208>
- Omer, H. (2004).- *Nonviolent Resistance. A New Approach to Violent and Self-Destructive Children*. Cambridge (UK): Cambridge University Press.
- Omer, H. (2007).- *The loving fight: Coaching the Parents of Violent and Selfdestructive*. Children in Non-violent Resistance. VI Congress of Efta. Glasgow.
- Pagani, L.S., Larocque, D., Vitaro, F. y Tremblay, R.E. (2003).- *Verbal and physical abuse toward mothers: The role of family configuration, environment, and coping strategies*. *Journal of Youth and Adolescence*, 32 (3), 215-223. <https://doi.org/10.1023/A:1022599504726>
- Pagani L, Tremblay RE, Nagin D, Zoccolillo M, Vitaro F. & McDuff P.(2004).- *Risk factor models for adolescent verbal and physical aggression toward mothers*. *International Journal of Behavioral Development*. Volume 28, Issue 6. (528-537) <https://doi.org/10.1080/01650250444000243>
- Pagani L, Tremblay RE, Nagin D, Zoccolillo M, Vitaro F & McDuff P.(2009).- *Risk factor models for adolescent verbal and physical aggression toward fathers*. *Journal of Family Violence* 24:173-82 (44 ref).
- Palacios, J. y Oliva, A. (2005).- *La adolescencia y su significado evolutivo*. En J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll (Comps), *Desarrollo psicológico y educación*. *Psicología evolutiva*, 433-451.Madrid: Alianza
- Patterson, G.R. (1982).- *A social learning approach: Coercitive family process*. Vol. 3. Eugene, Oregón: Castalia.
- Patterson, G. R. (2002).- *Etiology and treatment of child and adolescent anti-social behavior*. *The Behavior Analyst Today*, 3, 133-144. <https://doi.org/10.1037/h0099971>

¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA  
FILIOPARENTAL?

- Paulson, M. J., Coombs, R. H., & Landsverk, J. (1990). *Youth who physically assault their parents*. Journal of Family Violence, 5, 121–133. <https://doi.org/10.1007/BF00978515>
- Penado M, Andreu J.M. y Peña E. (2014).- *Agresividad reactiva, proactiva y mixta: análisis de los factores de riesgo individual*. Anuario de Psicología Jurídica 2014 24 (2014) 37-42 <https://doi.org/10.1016/j.apj.2014.07.012>
- Pereira, R. y Bertino L (2009).- *Una comprensión ecológica de la violencia filio-parental*. Revista Redes, 21, pp 69 a 90
- Pereira, R. y Bertino L (2010).- *Los hijos que agreden a sus padres. La actitud del profesional de atención primaria*. Terapéutica en APS FMC. 2010;17(1):39-47 [https://doi.org/10.1016/s1134-2072\(10\)70013-x](https://doi.org/10.1016/s1134-2072(10)70013-x)
- Pérez, T. y Pereira, R. (2006).- *Violencia filio-parental: revisión de la bibliografía*. Mosaico, 36, 10-17.
- Pichardo M. C. (1999).- *Influencia de los estilos educativos de los padres y del clima social familiar en la adolescencia temprana y media*. Tesis doctoral. Universidad de Granada.
- Pueyo Andrés. A. (2006).- *Violencia juvenil: realidad actual y factores psicológicos implicados*. Rev. Rol de enfermería. Vol 29. nº 1 págs. 38-44
- Raine, A., Dodge, D., Loeber, R., Gatzke-Kopp, L., Lynam, D., Reynolds. C., Stouthamer Loeber, M. y Liu, J. (2006).- *The Reactive – Proactive Aggression Questionnaire: Differential correlates of reactive and proactive aggression in adolescent boys*. Aggressive Behavior, 32, 159 – 171. <https://doi.org/10.1002/ab.20115>
- Ramírez, M. A. (1999).- *Conflictos matrimoniales, prácticas de crianza y problemas de conducta en los niños*, Granada: Universidad de Granada.
- Rechea, C., Fernández, E. y Cuervo, A. L. (2008).- *Menores Agresores en el Hogar*. Boletín Criminológico del Instituto Andaluz de Criminología. Nº 106. Julio-Agosto.
- Rechea, C. y Cuervo, A. L. (2009).- *Menores agresores en el ámbito familiar: estudio de casos*. Centro de investigación en criminología. Universidad de Castilla la Mancha.
- Rechea, C. y Cuervo, A. L. (2010).- *Menores agresores en el ámbito familiar. Centro de investigación en criminología*. Universidad de Castilla la Mancha. <http://www.uclm.es/criminologia/pdf/18-2010.pdf>
- Resnick, M.D., Bearman, P.S., Blum, R.W., Bauman, K.E., Harris, K.M., Jones, J., Tabor, J., Beuhring (1997).- *Protecting adolescents from harm. Findings from the national longitudinal study on adolescent health*. JAMA, 278, 823-32. <https://doi.org/10.1001/jama.1997.03550100049038>
- Revol, N. (1999), *Sale prof*. Ed. Laffont. Paris.

- Rybski, N. (1998) citado por Aroca Montolio et al (2014).- *An evaluation of a family group therapy program for domestically violent adolescents*. Unpublished doctoral dissertation, Ann Arbor, MI, UMI Dissertation Services.
- Romero, F., Melero, A., Cánovas, C. y Antolín, M. (2005).- *La violencia de los jóvenes en la familia: una aproximación a los menores denunciados por sus padres*. [http://www.gencat.net/justicia/doc/doc\\_28636973\\_1.pdf](http://www.gencat.net/justicia/doc/doc_28636973_1.pdf)].
- Roselló B, García R, Tárraga J, Mulas F. (2003).- *El papel de los padres en el desarrollo y aprendizaje de los niños con trastorno por déficit de atención con hiperactividad*. Rev Neurol; 36: 79-84.
- Saltaris, C. (2006).- *Psychopathy in juvenile offenders: can temperament and attachment be considered as robust developmental precursors*. Clinical Psychology Review, vol.22, 729-752. [https://doi.org/10.1016/S0272-7358\(01\)00122-2](https://doi.org/10.1016/S0272-7358(01)00122-2)
- San Juan, C., & Ocáriz, E., (2009).- *Evaluación de la intervención educativa y análisis de la reincidencia en la Justicia de Menores en la CAPV*. Vitoria-Gasteiz: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- Sánchez, J. (2008).- *Análisis y puesta en práctica en un centro de menores de un programa de intervención con familias y menores que maltratan a sus padres*. Tesis doctoral, Universidad de Valencia.
- Schneider W, Cavell T. y Hugues J. (2006).- *A sense of containment: Potencial moderator of the relation between parenting practices and children's externalizing behaviors*. Development and Psychopathology, 2006., 15, 95-117. <https://doi.org/10.1017/S0954579403000063>
- Seligman M. (1975).- *Helplessness: On depression, development and death*. San Francisco, CA: Freeman.
- Shaw, Keenan & Vondra, (1994).- *Developmental pre cursors of externalizing behavior: ages 1 to 3*. Developmental Psychology, 30 (3), pp. 355-364. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.30.3.355>
- Tremblay, R.E., Nagin D.S., Séguin J.R. , Zoccolillo M., Zelazo P.D., Boivin M., Pérusse D., Japel C. (2012).- *Physical Aggression During Early Childhood: Trajectories and Predictors*. Pediatrics. Jul 2004; 114(1): e43–e50.
- Ulman, A. y Straus, M. A. (2003).- *Violence by children against mothers in relation to violence between parents and corporal punishment by parents*. Journal of Comparative Family Studies, 34, 41-60.
- Vázquez González C. (2003).- *Delincuencia juvenil. Consideraciones penales y Criminológicas*. Colex. Madrid
- Widom, C. S. (1992). *The cycle of violence*. National Institute of Justice: Research in brief, octubre, 1-6.

¿ES SIEMPRE LA FAMILIA EL PRINCIPAL FACTOR DE RIESGO EN LA VIOLENCIA  
FILIOPARENTAL?

- Wilson, J. (2005).- *Physical abuse of parents by adolescent children*. En D. M. Busby (dir.), *The impact of violence on the family: treatment approaches for therapist and other professionals*. Boston, MA: Allyn and Bacon.
- Whaler, R.G. y Dumas, J. E. (1986). *Maintenance factors in coercive motherchild interactions: The Compliance and predictability hypotheses*. Journal of Applied Behavior Analysis, 19, 13-22. <https://doi.org/10.1901/jaba.1986.19-13>
- Zoccolillo, M., Romano, E., Joubert, D., Mazzarello, T., Coté, S., Boivin, M., Pérusse, D., y Tremblay, R.E. (2005).- *The intergenerational transmission of aggression and antisocial behavior*. En R.E. Tremblay, W.W. Hartup y J. Archer (Eds.): *Developmental origins of aggression* (pp. 353-375). New York: The Guilford Press.

En prensa:

- Bello Janeiro, D. (En prensa Europa Press, 23/09/2014).- Encuentro 'La protección jurídica de los menores', organizado por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP)
- Sociedad Española para el Estudio de la Violencia Filio-parental (Sevifip).- El correo digital (20/02/2014) CONCLUSIONES DE LAS JORNADAS EN INVESTIGACIÓN SOBRE VIOLENCIA FILIO-PARENTAL. UNIVERSIDAD DE DEUSTO.
- Rivera Reynaldo (El Mundo. 2/4/2014 Intermedia Social Innovation. EFE, 02/04/2014